

provisional con el cual se entendieron para arreglar la recepción que se iba á hacer al ejército francés. Hasta la mañana del día 3 de de Junio había acampado un batallón de cazadores de Vincennes en la garita de San Lázaro. Tres días después entró á la capital la division Bazaine, en medio de las demostraciones que con toda pompa hicieron los partidarios de la Intervención.

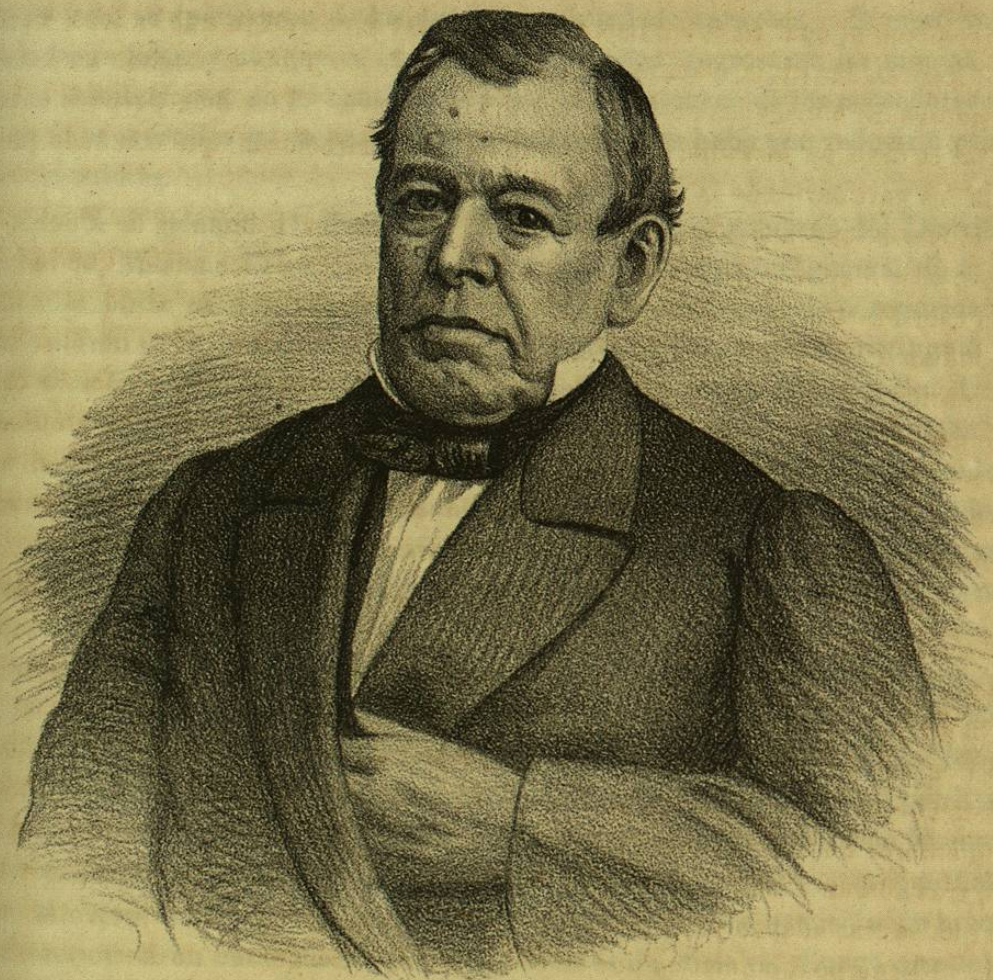
Al moverse los franceses sobre México, dejaban en los hospitales de Puebla 822 hombres; en el depósito de convalecientes 320, una parte de los cuales quedó instalada en San Martín. Las pérdidas sufridas por balas desde que se abrió la campaña ascendían á 18 oficiales y 166 de tropa muertos; 29 oficiales y 1039 heridos de los cuales murieron muchos de resultas de sus heridas. Además la fiebre amarilla causaba grandes estragos en ese año, siendo una de las víctimas el coronel Lobrousse, en cuyo lugar fué puesto el coronel Jeannigros con el mando de Veracruz. En el vapor que salió de este puerto el 15 de Junio, partió el capitán Gallifet, conduciendo las banderas tomadas en San Lorenzo y Puebla, para presentarlas al Emperador.

Los recursos hallados en Puebla continuaron sirviendo para reorganizar las tropas aliadas al mando de D. Leonardo Márquez, se le dieron cañones, equipo y vestuario, aunque en muy mal estado, y con los prisioneros incorporados ascendió á 7800 hombres infantes y artilleros, la division aliada, además de 1100 genites.

El cuerpo diplomático tuvo algunas conferencias para saber qué conducta seguiría. Estando los franceses casi á las puertas de la capital, el Presidente Juárez notificó á los miembros de ese cuerpo su resolución de abandonar la ciudad, invitándoles para que se trasladaran á San Luis Potosí, les ofrecía la protección del ejército y hacía notar que se trasladaban ya la Suprema Corte, los ministros y la representación nacional. El cuerpo diplomático que se componía del Encargado de Negocios chileno y los ministros del Perú, Venezuela, el Ecuador y el de los Estados-Unidos, se reunió el mismo día en la casa de éste para deliberar sobre el partido que convenía seguir en aquellas circunstancias tan críticas, y después de haber discutido la proposición del Sr. Juárez, resolvió por unanimidad permanecer en México y así se le contestó al gobierno mexicano, aunque continuaría reconociéndolo.

Los ministros americanos, únicos que componían el cuerpo diplomático, no creyeron prudente seguir á un gobierno expuesto constantemente á las persecuciones, y á cambiar á cada momento de residencia, lo que les impediría cumplir con el deber de mantener comunicaciones constantes con sus gobiernos. Cuando fué instalada la Regencia presidida por Almonte, participó su establecimiento al Cuerpo diplomático, y éste contestó que no se reconocería otro gobierno que el del Sr. Juárez, cerca del cual había sido acreditado, al menos mientras recibían instrucciones de los respectivos gobiernos.

En la capital, en medio de la grande agitación, se levantó una acta de adhesión á los planes del Emperador francés; pero se notó que gran parte de las firmas eran de personas desconocidas, ó del antiguo ejército reaccionario. Tan luego que la junta respectiva encargó al general D. Mariano Salas los mandos político y militar de Distrito, los empleados que habían perdido sus destinos al caer la administración



Mr. Thomas Corwin

Representante de los Estados Unidos del Norte, en la época en que México fué invadido por España, Francia
& Inglaterra.

conservadora, se apoderaron de los que habian quedado vacantes. El clero volvió á usar su traje talar, y aunque se trató que desde luego regresaran las monjas á sus antiguas habitaciones, no lo consiguieron por la resistencia de los poseedores de los conventos convertidos ya en propiedad particular, y aun hubo que reducir á prision á los alborotadores.

Aunque el general D. Francisco Pérez pretendia el gobierno del Distrito, fué preferido D. Mariano Salas, quien tomó el título de comandante general de la plaza. Los comerciantes extranjeros que se habian armado para cuidar de la seguridad, pretendian retirarse, disgustados con los alborotadores, entre los que se distinguió el coronel Pérez Gómez; pero arrestado por los españoles se calmó la agitación. Una comision del cuerpo consular salió á dar informes á Forey del estado que guardaba la ciudad y le aseguró que no presentaría resistencia; el comandante en jefe había contestado que no podía apresurar su marcha, dando entre otras razones, la de que había ofrecido concurrir en Puebla á la procesión del Corpus. Con la primera fuerza reaccionaria que entró á México iba el padre Miranda. Salas decretó el restablecimiento de los empleados que sirvieron á la reacción.

El mismo día 4 de Junio en que se presentó en la garita de San Lázaro el batallón de cazadores de Vincennes, comenzaron á destruir las fortificaciones. El guerrillero Butron, que pocos días antes solicitaba indulto del gobierno y del congreso, entró á la ciudad el día 3, diciendo que había derrotado á todas las tropas juaristas que siguieron el rumbo de Toluca. Desde el día 5 en que ocuparon el Palacio Nacional las tropas francesas que la vispera estuvieron acampadas en la garita, las que mandaba el jefe Marquez se situaron en la villa de Guadalupe. Una comision de aposentadores designó varias casas vacías para alojamientos de oficiales. Luego que entraron las tropas francesas, cesó la autoridad de Salas, fué declarado nulo todo lo que se había hecho en sentido reaccionario y se encargó del mando de la ciudad el teniente coronel De Potier. Sucedió el día 6, que varios reaccionarios llevando treinta albañiles, quisieron posesionarse del convento de Santa Clara para devolverlo á las monjas é intentaron arrojar á los inquilinos; pero estos pidieron auxilio á los franceses y los eclesiales fueron conducidos en cuerpo de patrulla á la Diputacion, dejándolos en libertad despues de amonestarlos para que no usurparan las funciones de la autoridad. En el convento de Jesus María llegaron á establecerse las monjas llevándolas en triunfo; pero tambien allí intervinieron los franceses y volvieron los inquilinos á sus habitaciones. El día 7 entró á México la division Bazaine, con cerca de seis mil hombres y el 8 la de Donay quedando parte de ella en Tacubaya y Chapultepec, procurando impedir las depredaciones que cometian las chusmas de Butron. Bazaine quiso que los extranjeros continuaran cuidando de la seguridad pública en el interior de la ciudad.

Desde que las primeras tropas francesas entraron á la capital el 5 de Junio, y se encargó del ejercicio de la autoridad local el teniente coronel De Potier, una comision compuesta de D. Juan N. Pereda, D. Santiago Blanco y D. José Cordero, pasó á Puebla á felicitar á Forey; llevando la palabra el primero de estos comisiona-

dos, declaró aceptada la intervención por manifestaciones espontáneas de la conciencia pública. Forey contestó: que deseaba la Unión de los partidos y que el ejército francés había venido para hacer felices á los mexicanos.

A las once de la mañana del día 10 se verificaba la solemne entrada del ejército francés y mexicano intervencionista, por las calles que oportunamente fueron señaladas en un aviso de la autoridad militar. Varios arcos de triunfo se ostentaban en la carrera que iba á seguir el ejército, en las casas se veían cortinas blancas y las banderas francesa y mexicana unidas. Alojaronse los generales Bazaine, Berthier y de la Mirandole, en las casas de los Sres. Barron, Sanchez Navarro y Beisteguí; la autoridad civil siguió expidiendo boletas de alojamiento á los jefes y oficiales. Bazaine fué recibido en la sala capitular por el general Salas. Los batallones fueron alojados en distintos cuarteles.

Como se aseguraba que las fuerzas de Marquez no entrarían en unión del ejército francés, salió una comisión presidida por D. Joaquín Velazquez de Leon y presentó al general Forey, en el Peñon Viejo, una petición para que también entraran las tropas aliadas á lo que Forey accedió, apoyando la solicitud D. Juan N. Almonte que estaba en el cuartel general.

De Potier publicó la carrera que había de seguir el ejército francés: entrando por San Lázaro y la calle de la Santísima seguiría por el Hospicio de San Nicolás y Escalerillas, en línea recta hasta la Mariscala y San Diego; daría vuelta por Corpus-Cristi hasta Plateros y la Plaza mayor; en los adornos ocuparía la bandera mexicana el lado derecho; fueron invitadas las señoras y señoritas que desearan ver el desfile desde los balcones del Palacio. En seguida tendría lugar el Te-Deum.

El 10 de Junio llegó á París la noticia de la toma de Puebla, estando Napoleón y la emperatriz comiendo, á las ocho y media de la noche en Fontainebleau; dos horas después París estaba iluminado con luces de Bengala en los establecimientos públicos y algunas casas particulares; una salva de artillería anunció el suceso que inmediatamente fué comunicado á las principales poblaciones del Imperio. Napoleón recibió con tal motivo felicitaciones de los gobiernos de España, Italia y Bélgica. El Emperador francés dirigió á Forey una carta de felicitación fechada el 12 de Junio. Era grande la ansiedad que había en todos los círculos extra-oficiales, á causa de las noticias que propagaban algunos periódicos madrileños, relativas al ejército expedicionario en México. Los refuerzos que iban á ser enviados recibieron orden de suspender su marcha, y se dispuso que vinieran empleados de Hacienda, de Correos, telégrafos y caminos de fierro. En la carta decía Napoleón á Forey, que le había llenado de júbilo la noticia de la caída de Puebla, encargaba que se hiciera presente al ejército esta satisfacción y deploraba la pérdida de tantos valientes, aunque le consolaba que no eran muertos inútiles á los intereses y al honor de la Francia, ni á la civilización; no era su intención imponer aquí un gobierno, ni que las victorias sirvieran á ningún partido; deseaba para México un gobierno apoyado en la voluntad nacional, en los principios de orden y progreso, á los cuales debía Francia

su reposo y prosperidad; aguardaba el parte oficial para dar al ejército y su jefe las debidas recompensas.

Creyendo que en su generalidad el país mexicano, libre ya del temor que le causaba la opresión de Juárez y su ejército, iba á aclamar la intervención y á pronunciarse por el restablecimiento de una monarquía, dijo Napoleón: «Deseo que México renazca á una nueva vida, regenerado por un gobierno que se base en la voluntad nacional, en los principios de orden y progreso, en el respeto al derecho ajeno, y reconozca por relaciones amistosas, que debe á la Francia su reposo y su prosperidad.» Importaba no perder de vista el primer pretexto invocado para la intervención, esto es, las indemnizaciones que se hubieran de pagar á los súbditos de la Francia, á las que debían añadirse las enormes sumas gastadas en la expedición, contando el Emperador al solicitar los créditos, así como el cuerpo legislativo al darlos, con la riqueza que era costumbre atribuir á países lejanos, para pagarse con usura, y se creía lo más sencillo del mundo hacer que México, una vez establecida la paz, encontrase en las rentas aduanales los millones de pesos necesarios para saldar la deuda con Francia, resultado que Napoleón esperaba de tal manera convencido, que en ese sentido envió sus instrucciones á Forey y constituía el fondo de las cartas que le escribía.

Ya con fecha 30 de Enero (1863) le había dicho: «luego que estéis en México, uno de vuestros primeros cuidados será el de ordenar la hacienda, para que, sin recargar al país nos paguemos las indemnizaciones. Según los informes que he adquirido, las rentas ordinarias de México, en tiempos normales, son de cincuenta millones de pesos, y como la administración puede ser pagada allí con veinte millones, quedaría una reserva de treinta con los cuales será posible no solamente pagarnos los gastos de guerra, sino aun arrojar las bases de un empréstito que podrá ayudar á la reparación del país. El 14 de Febrero añadió: «Es esencial organizar bien la percepción de los impuestos en las aduanas, renta principal del país.» La realidad mató todas estas esperanzas.

Las reseñas enviadas á Napoleón acerca de los rendimientos de México, tenían por base cálculos aproximados, tal vez posibles; pero hipotéticos y en este sentido de resultados maravillosos. Nadie negaba que un territorio cinco veces mayor que la Francia, con multitud de minas de oro y plata, con climas propios para la agricultura, y con puertos en el Pacífico y en el Atlántico para alimentar un comercio activo, pudiera elevar sus rentas aduanales á cincuenta millones, y que sin las necesidades que hiciesen sobrepasar de veinte millones los gastos de su administración podría guardar un excedente, pero la ilusión consistía en suponer que las riquezas de este suelo podrían explotarse en unos cuantos meses y por el solo hecho de que el ejército francés ocupara á Puebla y México.

Napoleón le había enviado á Forey con el título de emisario extraordinario, á M. Budin para que secundara las miras financieras que se consideraban de fácil desarrollo. Budin era antiguo oficial del ejército de Africa, entrado al servicio de la tesorería en la que había hecho rápidos progresos; pero sus cualidades no estaban á

la altura de la misión que se le encomendaba; era extraño á los estudios y los principios de la economía política, y carecía completamente del conocimiento de los recursos de México; en consecuencia, desde que Forey tomó á Puebla le propuso medidas financieras funestas, que el comandante en jefe aprobó. El 21 de Mayo prohíbe la exportación de la plata y oro en barras y en moneda, ordena el secuestro de los bienes pertenecientes á individuos que hubieran combatido ó combatieran la Intervención; decretos que trastornaban las relaciones mercantiles é impedían la conciliación, haciendo aparecer que el ejército francés quería establecer un dominio opuesto á la civilización y propio de los tiempos de barbarie, y por lo tanto en perjuicio de la causa que defendía.

CAPÍTULO UNDECIMO.

Marcha Forey para la capital.—Solemnizase con ardor su entrada á la ciudad.—Disposiciones gubernativas del general Salas.—Entran los franceses con sus aliados.—Uneseles Butron y entra á la capital.—Forey declara nulas las disposiciones de Salas que favorecían la reacción.—Se rehusa la devolución de los conventos.—Manifiesto de Forey.—Celebrase la llegada del ejército francés á la capital.—Se resiste Forey á presentarse acompañado de los aliados mexicanos.—Cree sincero el entusiasmo de las poblaciones ocupadas por franceses.—Sostiene á los poseedores de bienes nacionalizados.—Arregla lo relativo á la prensa.—Alojamientos.—Junta superior de gobierno.—Forey se separa de las instrucciones de Napoleón.—Disposiciones contra guerrilleros y republicanos.—Designa al Poder Ejecutivo.—Nombra doscientos quince notables.—El Ejecutivo solicita ser reconocido por los Estados Unidos.—Mr. Seward guarda silencio.—La prensa intervencionista ensalza el sistema monárquico.—Nombramientos de subsecretarios de Estado.—Baile ofrecido por la oficialidad francesa.—Instalación de la Asamblea de notables.—Algunos renuncian el cargo.—Se nombra la comisión dictaminadora.—Se aprueba y celebra el dictamen en favor de un gobierno monárquico presidido por Maximiliano de Hapsburgo.—Decreta la Asamblea varios votos de gracias.—Da al Ejecutivo el título de Regencia.—Fiestas para celebrar el cambio político.—Fusilamiento de Butron.—Maximiliano cree insuficientes las disposiciones de la Asamblea.—El gobierno francés opina del mismo modo.—Pide Maximiliano una ratificación de los votos emitidos por los notables.—Reforma Napoleón su política respecto á México.—Retira su confianza á Saligny.—Tambien Forey cae en desgracia.—Es elevado á Mariscal y llamado á la Corte.—Expedición á Pachuca.—Circulares enviadas por el gobierno republicano á los Estados.—Consideraciones acerca de la falta de elementos para sostener el Imperio.

El 5 de Junio salió Forey de Puebla con el cuartel general y una columna de tropas de todas armas; pernoctó en la hacienda de Santo Domingo y el día 6 en el Puente de Texmelucan, donde encontró una serie de atrincheramientos formando una especie de campamento, calificado por él de «lugar donde sus adversarios pudieran haber hecho una fuerte resistencia si hubieran querido.» El día 7 acampó en Río Frío casi en la cresta de la montaña, siendo tal la rarefacción del aire que algunos caballos y mulas murieron congestionados. En ese día entraba Bazaine á México con su división, y al ocupar la ciudad dictaba las disposiciones necesarias para aten-

der á la seguridad y á la defensa de ella. El día 8 acampaba el cuartel general en Buena-Vista, desde allí pudo Forey contemplar la grandiosidad del Valle de México, y al siguiente, reunido ya á la división de Douay pernoctó en el Peñon, donde fué recibido por la diputación de notables encargada de complimentarle.

Saliendo del Peñon el día 10, llegó á la garita de San Lázaro á las diez de la mañana, y fué recibido por las autoridades y algunos de los principales intervencionistas que le entregaron las llaves de la ciudad. Poco despues hicieron su entrada las tropas aliadas al mando de Marquez, entre los repiques de todas las iglesias y al ruido de las salvas de artillería, dejándoles la colocación al frente de las tropas expedicionarias. En el parte oficial que dirigió Forey á su gobierno, le dijo: «La población se apiñaba en los balcones, ventanas y terrados, y en las calles. Todas las clases de la sociedad parecían rivalizar en ardor, por manifestar sus simpatías á las tropas francesas que avanzaban en medio de inmensas aclamaciones y cubiertas de flores y coronas.» «Estas demostraciones fueron más vivas si cabe, al acercarse al primer arco de triunfo construido por los franceses de México, al pié del cual se hallaban reunidos todos nuestros compatriotas que estan aquí, animados de los mejores sentimientos á favor de la Intervención.»

En la puerta de la catedral fué recibido Forey por el clero y se cantaron con toda solemnidad el *Te-Deum* y el *Dómine Salvum*, despues volvió el general á montar á caballo y las tropas desfilaron ante él, oprimiéndose en las aceras y plazas un gentío inmenso deseoso de ver el porte de los vencedores de la Europa.

El programa para la entrada del general en jefe fué prescrito por él mismo y trasmitidas las instrucciones correspondientes al general Bazaine «Haré mi entrada á México el 10 de Junio, por el camino del Peñon; me detendré primero en la garita de San Lázaro una hora.» «A las diez las tropas tomaran las armas para entrar á la ciudad.» «Quiero que se cante un *Te-Deum* en la catedral, al que asistiré con todos los oficiales.» «Las tropas de Taboada y de Peña y una batería que viene de Puebla para Marquez, formaran la vanguardia y atravesaran la ciudad.» Aunque se dudó si entrarían con los franceses sus aliados mexicanos, Forey se resolvió á sostener su primera decisión en sentido afirmativo, alentado por las relaciones que le hacían acerca de la actitud tranquila de la ciudad, y creyó que no se podía excluir completamente del certijo solemne, á los que habian combatido á su lado. Definitivamente fijada para el 10 de Junio la entrada triunfal, el banquero Martin Daran prestó cuarenta mil pesos para el costo de los arcos triunfales, las guirnaldas y otros adornos que habia de poner la colonia francesa. Tratábase de impresionar la vista y la imaginación de los habitantes de México, que se sabia eran muy afectos á las fiestas y el espectáculo que se ofrecía se creyó enteramente propio para deslumbrarlos.

Todo el ejército, en traje de campaña, desfiló por el centro de la ciudad en magnífico orden; soldados de aspecto marcial marchando con pasos desconocidos para las tropas mexicanas, llamaron la atención tanto más excitada, cuanto que se veía al través del prisma de la aureola gloriosa que en aquella época precedía y acompañaba á la bandera tricolor que tremoló en Sebastopol y Magenta.